

¡EL JAQUE MATE
LLEGARÁ EN
LA JUGADA 36
TRAS UN ERROR
DE BULTO!



Fernando Arrabal: pánico en 64 escaques

Entrevista

Jorge I. Aguadero Casado



Considerado por el crítico de teatro del The New York Times como “uno de los cuatro avatares de la modernidad”, Fernando Arrabal pulsa las teclas de la dramaturgia, la prosa, la poesía, los ensayos, la ópera, el cine, la pintura, el ajedrez... y toda forma de arte imaginable. Con maestría. Con deleite en el detalle.

B

ARCELONA, primero de junio de 2015. Acudí a la cita, en La Lonja, dispuesto a ser llevado en la conversación. ¿Qué preguntador se atrevería a tratar de conducir, en sentido estricto, una cita con

Fernando Arrabal?

Se encontraban dispuestas, de izquierda a derecha formando un óvalo, dos parejas de comensales: Fernando Arrabal y su encantadora pareja, Luce Moreau, y los ajedrecistas Miguel Illescas y su también encantadora esposa Olga Alexandrova. Tomé asiento frente a Fernando, fueron las cinco exquisitas horas que me llevaré a la tumba cuando ya no estemos aquí.

Los ágapes de *Peón de Rey* se dicen ricos en anécdotas y deliciosos en lo gastronómico. Seamos francos, la fama es merecida. Unas ostras como excusa para estimular el apetito y Ribeiro para acompañar. Será por ello que, al abrir los ojos, el local fue bosque, la mesa manantial y Fernando, cual Sileno risueño, ofició en honor de Pan.

—Roland Topor y yo creíamos en la confusión, en el rigor matemático de la confusión. No se trata del caos, como lo relaciona incluso el propio Dalí.

Entre vino y vino, dos nombres propios que explican el arte del siglo XX. Me sentía embargado por la emoción, la voz del escritor nos acercaba a sus amistades de juventud con naturalidad y, en aquel Parnaso, creí ver a Platón escribiendo sus diálogos.

—La imagen del Dalí amante de la ciencia ha quedado eclipsada por el pintor— me atreví a decir con más valor que conocimientos-. ¿Hasta qué punto le entusiasmaba el ámbito científico?

Corría el riesgo de alejarme de la entrevista ajedrecística; tal vez, como por encanto, las letras nos saldrían ajedrezadas.

—¡Mucho! Por eso Dalí, con su dinero, hizo el sacrificio, que no ha hecho nadie, de contratar a los cien hombres de ciencia que él más estimaba del mundo y reunirlos en Cadaqués. Con billetes de primera clase y hotel de cinco estrellas. La gente no ha hablado de esto. Como de costumbre, de las cosas importantes no se habla.

Guardó silencio. ¿En qué estaría pensando? Un momento antes, Miguel y Fernando habían estado recordando sus aventuras en diversos eventos ajedrecísticos en que los cuatro habían coincidido, particularmente la Olimpiada de Tromsø. Imaginar a Fernando, 83 años en canal, arquetipo de sabio despistado, de la mano de Luce en el Círculo Polar Ártico, es hacerlo de una pareja que se pone el mundo por montera en busca de la felicidad.

Dalí, con su dinero, contrató a los cien hombres de ciencia que más estimaba y los reunió en Cadaqués.

Kurt Gödel era un hombre muy interesante, que creía en Dios y en los ángeles.

—¿De qué época estamos hablando?

—**Eran los últimos años de vida de Dalí. No quería exhibirse, no quería que se le viera... Todas esas conferencias fueron muy importantes, muy in-te-re-san-tes. Se trató de buscar las leyes del azar. Las leyes del caos, exactamente.**

—¿Cómo era el ambiente?

—**¡Había de todo!**—recordó. —**Se organizó una pelotera tremenda entre Prigogine y otro conferenciante...**

—¿Ilya Prigogine?—de leer *El nacimiento del tiempo* a conversar con quien ha tratado con el conocido Nobel de Química media un universo; respiré hondo, el momento merecía silencio.

—**Sí, cada uno tenía ideas muy dispares.**

Un fauno, las servilletas bien dobladas y los estómagos dispuestos, tomaba nota de nuestras apatencias culinarias. En esto que Fernando le pregunta sobre las medidas de los pescados de la carta y el camarero, amablemente, demostró conocimientos enciclopédicos sobre el asunto.

—**Yo como muy poquito. Ni como ni bebo. Apenas nada, como un pajarito**— le informó el escritor.

—Entonces, ¿qué pescado desea? ¿Alguno muy pequeño?

—**¡No, señor! ¡El más grande que tengan!**— dijo, iluminando una espléndida sonrisa su rostro, para pasmo de los presentes. —**¡Claro!**

La voz de Fernando tiene un inconfundible sonido francés. Residente en París, sigue la actualidad ajedrecística con fervor; lector de *Peón de Rey*, nos confiesa su gusto en el tablero por el joven prodigio Wei Yi, a quien augura la más brillante carrera. Para precisar se detiene en las sílabas de las palabras y juega con ellas; la mente de Arrabal es de una arquitectura, equidistante entre razón y locura, imposible de embridar en un solo caudal.

—**Debería usted tener conocimiento de las teorías de Kurt Gödel, el creador de los dos teoremas de la in-com-ple-ti-tud**—. Me limité a asentir, en un estado cercano al éxtasis mariano. —**Era un hombre muy interesante, que creía en Dios y en los ángeles. La mayoría de los matemáticos, de los astrofísicos, de los físicos, pueden creer en Dios. No hay problema ninguno. Los que no pueden creer en Dios son los biólogos moleculares. Es decir, los médicos.**

—¿Por qué?— quise saber.

Fernando sonrió. Cuesta encontrar a persona más educada y generosa, cercana y atenta.



Esa misma noche iba a ser entrevistado en un canal de televisión, con motivo del estreno de su obra "Pingüinas", unas fantásticas moteras cervantinas que merecen un trece sobre diez.

—Los médicos están en contacto con la muerte y no pueden hacer una especulación filosófica.

Dicho esto, copa de vino y mirada de niño sorprendido en una travesura.

—No me mire así. No le estoy provocando— matizó. —Yo no puedo hablar ni de Picasso, ni de Dalí, ni de ninguno de mis amigos con conocimiento de causa. Pero ninguno ha sido provocador en mi vida. Una provocación es un acto rotatorio, inesperado e in-con-tro-la-ble. No puedo imaginar que esto colmara a Dalí. Le recomiendo leer una conversación que tuve con mi amigo Mandelbrot, el creador de los fractales.

“Una provocación es un acto rotatorio, inesperado e in-con-tro-la-ble.

Sileno, entre artistas y científicos, se sentía cómodo. Nos beneficiábamos de su sabiduría, que corría alegre y desnuda entre los arbustos.

Miguel dispuso un tablero con su correspondiente juego de piezas y un reloj con historia, de los analógicos.

—Jorge lleva toda la mañana dejando caer que le haría gran ilusión jugar una partida contigo. ¿Qué te parece?

—¡Que tenéis que venir a París para que escribamos ese artículo tan bonito del que habíamos hablado!

¿En qué estado iba yo a jugar la partida? La Partida. ¡LA-PAR-TI-DA! Podría vivir mil años y nunca volver a tener la ocasión de volver a jugar una primera partida con Fernando Arrabal. ¡Sentí latir mi corazón! Ahora o nunca, el cielo o la ignominia. Olga, cámara en mano, inmortalizó el evento y Luce, con brillo en la mirada, no perdió detalle.

ARRABAL, F. – AGUADERO, J.

Partida amistosa (Barcelona, 2015)

1.b4

Arrabaicamente, sin concesiones. Fernando es pura energía.

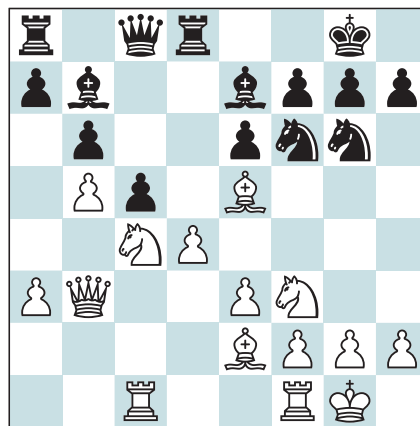
1... d5 2. ♖b2 c6

Dos mundos se encontraban. El infrecuente y valiente planteamiento en base a 1.b4 friccionaba, cual placa tectónica, con la solidez estructural caro-kanniana. ¿Un símil con la vida? Espero que no, jamás me sentí atraído por postulados conservadores. Dos maneras de hacer, dos formas de sentir y, ante el caos, la certidumbre de la creación.

3. ♘f3 ♗f6 4.e3 e6 5.a3 ♙e7 6. ♙e2 0-0 7.0-0 b6 8.d3 ♙b7 9. ♗bd2 ♗bd7

Luce nos hizo notar que llevábamos varias jugadas modelando una simetría. ¿Deriva toda complejidad inicial en un estado de cosas relativamente sosegado? Eurípides se buscaba en los ojos vivos de Sileno y, entretanto, una calma estrepitosa amenazaba pacificar el tablero. Me aferré a mi más amada creencia: la tragedia griega, nunca bien definida, es un Fénix que muere para renovarse, extinguirse y volver a nacer bajo una nueva forma.

10.c4 dxc4 11. ♗xc4 c5 12.b5 ♖c7 13. ♖c1 ♗fd8 14. ♗b3 ♗f8 15. ♙e5 ♖c8 16.d4 ♗g6



Se avecinaba una gran matanza de piezas. Ambos bandos se miraron, el Escamandro (por segunda vez en tres mil años) se apartó al paso de la muerte que camina.

17.dxc5 ♙xc5 18. ♙xf6 gxf6 19. ♖fd1 ♖c7 20. ♗b2 ♗e7 21. ♗d4 ♖ac8 22. ♙f3 ♙xf3 23. ♗xf3 ♖xd1+ 24. ♖xd1 ♖d8 25. ♖xd8+ ♖xd8. 1/2 -1/2



Firmado y celebrado entre vótores el armisticio proseguimos la entrevista.

—Cuando juega al ajedrez, ¿qué cree que predomina? ¿El ansia de ganar, la perfección, la belleza, el arte?

—Cada vez que estoy haciendo un acto público, cual es el ajedrez, construyo cosas. Es decir, están ustedes aquí y yo estoy construyendo algo— nos ilustró.

—¿Como el arquitecto de fractales?— me hice el listillo. Ruego indulgencia del lector, estaba envaletonado.

—No. Es algo muy sencillo, estoy construyendo... lo que me dejó mi padre desde la cárcel. Lo mismo. Él me dejó unos dibujos. Me dejó una casa de muñecas. Un trabajo de prisionero, muy bonito. Y de pronto había un juego de construcciones extraordinario, sor-pren-den-te. Eso está presente. Siempre. Siempre quiero, si hay cuatro personas, que se sitúen de tal manera que formen dos triángulos de tres— Fernando se compone el segundo par de gafas. Con precisión, como un cirujano. —¡Pero si son cuatro no pueden ser dos triángulos de tres!

Ignoro cómo, partiendo de esa premisa, acabamos reflexionando sobre el catolicismo y la posibilidad de redención. Perdone el lector (y ya van dos), el sentimentalismo: ¡veo discutir un “quíteme esa iotización y acórteme los versos” a mis queridos amigos García De la Mora y Alegre Gorri, expertos en Teoría del Conocimiento y en Tragedia Ática!

—Hay un gran escritor... Ése que se convierte al catolicismo al final de su vida... Un hombre inteligente, una especie de Jean-Paul Sartre...

—¿Como San Agustín, por ejemplo?

—¡Sí, eso es, Jorge! ¡Un poco como San Agustín! Pero ése tiene más conocimiento, es abogado, es físico, es matemático... Es un hombre completo, es un pagano. Y, de pronto... ¡Paf! ¡Cree en Dios!

Luce, al vernos atascados, nos asiste con elegancia.

—Tertuliano, siglo III.

¿Olvidé decir que ha sido profesora en La Sorbonne? Podrá, el lector avezado, sonreírse ante la insignificancia de mis conocimientos palideciendo frente a la pareja de escritores.

—¡Eso, eso! ¡Ter-tu-lia-no! ¡Él quiere explicar qué es el catolicismo! ¡A sus amigos, que son tan inteligentes como él!

Repasé, a toda prisa y sin tiempo para asegurarme, mi archivo de recuerdos sobre el romano, apenas cuatro referencias. Fernando, divertido, juntó las manos.

—Y cuando quiere explicar a sus amigos paganos lo que es la redención no puede explicarlo. Dice: “yo creo en la redención porque es absurdo. Solamente creo en la redención porque es absurdo”.

Habíamos viajado del ajedrez a la redención y, aunque sea un concepto en el que refugiarse en esas dejadas de dama que nos acongojan, agradecí el puente de palabras que Sileno construyó para facilitarme la entrevista.

—Creo que se podía ir un poquito más lejos: “si algo no es confuso, no existe”. El ajedrez también es tan confuso como el resto de cosas. ¡Es como la vida! ¡La vida es confusa! ¡Y si no es confusa no es vida! Por eso el ajedrez es como es. Por eso, Breton no quiere música, no quiere jugar al ajedrez, no quiere la ciencia...

—¿Y qué es lo que quiere Breton?

—¡Lo que quiere es la magia! La magia, ser visionarios. ¿Por qué? Un poema debe ser comprendido por todo el mundo. ¿Conoce a Rimbaud? ¡Cualquiera puede entender un Rimbaud! ¡No hace falta ser un visionario!



Me percaté de que Fernando había tomado un ejemplar de *Peón de Rey*. Tras buscar un espacio en blanco se entretuvo dibujando algo.

—¿Es eso el arte? ¿Una ventana abierta?

—¿Quién sabe decir lo que es el arte de verdad?— dijo. —Toda mi vida he intentado explicarme lo mejor que he podido. Y la confusión está ahí, pero no hay en mí voluntad alguna de provocación. No hay ninguna.

Guardó silencio unos instantes.

—Por ejemplo, lo que pasa con Dalí es que habla de temas esenciales de ciencia. Y cuando habla de ácido nucleico, dicho en catalán, hace reír.

“¿Cómo escribo esto?”, pensé. “Está la cosa como para meter el dedo en la llaga...”

—Dicho en español hace reír—continuó, para mi alivio.

—Y dicho en francés hace reír. Y en inglés hace reír aún más— puntualizó-. —Porque no dice “ácido nucleico” casi con vergüenza. No, él conoce muy bien lo que es el ácido nucleico. Por lo tanto puede decir “el ácido nucleico” con toda propiedad.

Me vino a la mente el sistema educativo que padecen nuestros jóvenes, que les obliga a elegir entre ciencias o letras. Se les mutila justo en el florecer de su mente, cuando ven el mundo con nuevos ojos.

—Él puede hablar de los teoremas de la incompleti-tud. Si usted dice que cree en los teoremas de la incompleti-tud parece un gilipollas. ¡Pero no es usted un gilipollas! ¡Usted está emitiendo una posibilidad matemática! Toda teoría matemática se puede comprender.

A usted le pueden explicar cómo funciona la Defensa Siciliana, no hay ningún misterio; puede comprender lo más extraordinario que hay en la matemática.

Miguel nos acercó unas copas de cava, momento que Fernando aprovechó para obsequiarme el dibujo que había improvisado.

—Este eres tú— me dijo.

Llevo años buscando un logotipo, una imagen que me represente; Arrabal, en unos segundos, resolvió.

Luego Miguel leyó un párrafo de *La torre herida por el rayo*¹, con la que Fernando ganó el Nadal en el 82, de temática ajedrecística. Me desvelaron los entresijos que inspirarán el artícu-

lo al que antes aludí, ¡algo que va a sorprender mucho!

—Tienes buena relación con muchos ajedrecistas de primer nivel— apuntó Miguel-. Eso da para muchas anécdotas, ¿verdad?

—Me tomo el ajedrez muy en serio. Hace tiempo recibimos a Alisa Marić, que fue ministra. Vino a casa y se ofreció a jugar tres partidas, que fueron tres lecciones to-ta-les. Me cabreeé. La miro a los ojos y digo: “¿Esta vez voy a ganar?” Apretó los puños, su voz sonaba feroz.

—Creo que no lo esperaba, me preguntó el motivo. “¿Porque esta vez tengo que ganar por cojones?”, respondí.

—¿Y qué le dijo?— quise saber.

—Me preguntó mi Elo. Respondí que 2200, pues en ese momento ya había bajado. A lo que ella comentó: “yo tengo 2500”.

—Te estuvo bien empleado— le dijo, acariciando su mejilla, Luce. Ambos, discretamente, sonrieron-. Hace poco conocimos a Hou Yifan.

—Sí. Nos hicimos una foto con cuchillos. En realidad no los cogió como es debido, lo hizo con cariño— recuerda Fernando.

La despedida, tras examinar un bonito estudio con Olga y Miguel, llegó finalmente. Nos hicimos fotos como colofón al banquete y, mientras Luce y Fernando se alejaban en un carro tirado por dragones, nos citamos todos en París.

NOTAS

¹ ARRABAL, Fernando. *La torre herida por el rayo*. Automática Editorial, 2012. 280 p. ISBN 978-84-1550-901-1.